

# Elena Arizmendi, una habitación propia en Nueva York, 1916-1938

Elena Arizmendi, a room of her own in New York City, 1916-1938

Gabriela Cano

El Colegio de México.

Recibido el 15 de noviembre de 2011.

Aceptado el 16 de diciembre de 2011.

BIBLID [1134-6396(2011)18:1; 85-114]

## RESUMEN

El artículo ofrece una aproximación biográfica de la etapa en que Elena Arizmendi vivió en Nueva York, luego de salir del México revolucionario. Representada en *Ulises criollo* y *La tormenta* de José Vasconcelos como Adriana, personaje literario construido según el estereotipo de la mujer fatal en el modernismo latinoamericano, Elena Arizmendi tiene una trayectoria biográfica que incluye el liderazgo de la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispano-americanas, la dirección editorial de la revista *Feminismo internacional* y la publicación de un breve relato autobiográfico, *Vida incompleta. Apuntes sobre mujeres de la vida real*.

**Palabras clave:** Historia del feminismo hispanoamericano. Estereotipos literarios de la mujer fatal. Elena Arizmendi. Revolución Mexicana. Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas.

## ABSTRACT

This article presents a biographical narrative of the period in which Elena Arizmendi lived in New York City, after rushing out of revolutionary Mexico. Depicted as Adriana in José Vasconcelos' *Ulises criollo* and *La tormenta*, a literary character that conforms to the stereotype of the *femme fatale* in Latin-American modernism, Elena Arizmendi developed a much richer life. She was the main force behind the League of Iberian and Hispano-American Women and the editor of *Feminismo internacional* and the author of *Vida incompleta. Apuntes sobre mujeres de la vida real*.

**Key words:** History of Hispanoamerican feminism. Literary stereotypes of the *femme fatale*. Elena Arizmendi. Mexican revolution. League of Iberian and Hispano-American Women.

## SUMARIO

1.—Introducción. 2.—Los años del exilio en la urbe de hierro. 3.—El relato de Vasconcelos. 4.—Nueva York. 5.—La Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas. 6.—El regreso a México. 7.—Bibliografía.

### 1.—Introducción

Elena Arizmendi vivió en la ciudad de Nueva York a lo largo de más de veinte años, desde que cruzó la frontera a mediados de 1915 al lado de José Vasconcelos, en momentos álgidos de la etapa armada de la Revolución Mexicana, hasta su regreso al país, en 1938, cuando concluía el período más radical del proceso revolucionario (CANO, 2010). Veinte años en los que Arizmendi transformó ventajosamente un exilio que comenzó sin promesa alguna. Nueva York, corazón comercial y financiero de Estados Unidos, ciudad de inmigrantes y capital feminista de Estados Unidos, ofreció condiciones propicias para que a los treinta y un años de edad, Elena encausara sus intereses políticos y literarios y recompusiera su vida personal en vez de dejarse aniquilar por el dolor y el resentimiento de la ruptura amorosa. En la urbe de hierro, de los años de la Primera Guerra Mundial, Elena Arizmendi se forjó una habitación propia, ese requisito de la independencia de criterio, la autonomía personal y la creación intelectual de las mujeres, que la escritora británica Virginia Woolf proclamó en un ensayo canónico del feminismo occidental del siglo XX, publicado en Londres en 1928 (WOOLF, 1928).

Desde su habitación neoyorquina Elena Arizmendi se inició en el periodismo de opinión y como secretaria de la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas (también conocida como Liga de Mujeres de la Raza) llegó a ser una figura feminista de relieve internacional en algunos países de América Latina y en España. Fundó y dirigió una revista mensual llamada *Feminismo internacional*, que apareció con regularidad a lo largo de casi un año, de noviembre de 1922 a octubre de 1923. Durante su exilio, Arizmendi tuvo también la satisfacción de ver salir de la imprenta la novela autobiográfica, *Vida incompleta. Apuntes sobre mujeres de la vida real*, que es un antecedente hasta ahora totalmente desconocido del *Ulises criollo* de José Vasconcelos, obra canónica de la literatura mexicana del siglo XX, que, por cierto, también fue escrita durante el exilio en Estados Unidos de su autor.

Nacida en una familia de élite, Elena Arizmendi abandonó el país en medio de la Revolución Mexicana, movida por el deseo de consolidar su relación de pareja extramatrimonial con José Vasconcelos, iniciada años atrás, al calor del triunfo del movimiento maderista, causa revolucionaria de la que ambos participaron. A mediados de 1915, Arizmendi se unió a un pequeño contingente de revolucionarios que emprendió una espectacular huida clandestina a Estados Unidos: un recorrido a caballo y a pie, en medio de los peligros y las rudezas de la guerra. El relato de esa aventura es uno de los episodios más emocionantes de *Ulises criollo* de José Vasconcelos. Ya en los Estados Unidos, las incertidumbres de la vida en el exilio se agregaron a antiguos conflictos entre Elena y José, y la pareja



Elena Arizmendi, c. 1916. Colección Leopoldo Aguado.

se disolvió dolorosamente a menos de un año de llegar a Estados Unidos. Al separarse de Vasconcelos, Arizmendi se estableció por cuenta propia en Nueva York: quería comenzar de nuevo, aunque ello significara renunciar a la vida de señora burguesa que llevaba en México, con privilegios, certezas y seguridades, pero también con grandes restricciones a su libertad personal. Por su parte, Vasconcelos también permaneció exiliado en Estados Unidos —anduvo por California y Texas— hasta su regreso al país a comienzos de la década del veinte, poco antes de ocupar el cargo de Secretario de Educación Pública de 1921 a 1924.

El exilio de Elena Arizmendi no fue consecuencia de su actividad revolucionaria ni de una persecución política en su contra, sin embargo, las circunstancias de su salida de México, como pareja de hecho de José

Vasconcelos, y los motivos de su permanencia en Estados Unidos son parte de la historia de los exilios de la Revolución Mexicana. La desterritorialización forzada, resultado de la guerra, no involucró solamente a los actores políticos sino que tuvo consecuencias más amplias al arrastrar a familiares y allegados. Una historia del exilio restringida exclusivamente a los directamente perseguidos, que deje fuera a su círculo familiar y social más cercano pierde mucha de su complejidad e interés. La trayectoria de Elena Arizmendi en Nueva York, es una muestra de la riqueza que pueden encerrar personajes que están al margen de los acontecimientos políticos, pero cuyos itinerarios particulares iluminan aspectos centrales de la historia de los exilios de la Revolución Mexicana. La expatriación de esta mujer está desde luego vinculada al exilio de José Vasconcelos, pero el interés de su caso va más allá porque, como veremos, la permanencia de Arizmendi en Nueva York es también un exilio de la violencia revolucionaria, de los prejuicios sexistas y de la hostilidad machista del movimiento armado.

Al salir de la capital, Arizmendi dejó atrás la violencia de la lucha armada y un ambiente político nacionalista adverso al feminismo. Se libró de una misoginia particularmente aguda contra mujeres de buena posición social. La familia Arizmendi pertenecía a la élite social mexicana del porfiriato y Elena se conducía con una desenvoltura y seguridad personal que no correspondían al estereotipo de sumisión atribuido a la mujer en el imaginario mexicano vigente a principios del siglo XX. Las relaciones personales y las cualidades individuales que permitieron a Arizmendi abrirse camino y construirse un mundo propio en Nueva York, actuaron en su contra en el México revolucionario. Una muestra de la misoginia y la hostilidad de clase que Arizmendi eludió al establecerse en Nueva York fueron los conflictos que enfrentó en la Cruz Blanca Neutral, organismo de socorro médico humanitario que prestó servicios a los heridos de guerra civil y, al triunfo del gobierno de Francisco I. Madero, se convirtió en una sociedad filantrópica llamada Cruz Blanca Mexicana.

El feminismo alcanzó alguna presencia política durante el movimiento revolucionario pero su influencia social en 1915 era “microscópica”, de acuerdo con la apreciación de Manuel Gamio (1916, 120 y 128). En el caso particular de Arizmendi, las posibilidades de participar en la actividad feminista de la Revolución Mexicana eran aún más restringidas porque ella no compartía el radicalismo social ni el jacobinismo predominante en el constitucionalismo, la única facción revolucionaria en donde el feminismo prosperó en alguna medida. Los congresos feministas de Yucatán, efectuados en enero y diciembre de 1916, con apoyo del gobernador Salvador Alvarado, eran espacios políticos del constitucionalismo en los que Elena Arizmendi no tenía cabida, aunque podía coincidir con los pronunciamientos del congreso sobre la ampliación de oportunidades educativas y profesionales para las

mujeres o con la postura de Hemila Galindo a favor del sufragio femenino y su crítica a la moral sexual diferenciada para hombres y mujeres. Como secretaria general de la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, Elena Arizmendi impulsó posiciones que disientan del anticlericalismo que prevaleció en las principales organizaciones políticas del México posrevolucionario, incluidas las grupos de mujeres feministas.

## 2.—*Los años del exilio en la urbe de hierro*

Al establecerse en Nueva York, la antigua partidaria del maderismo deja atrás la también efervescencia revolucionaria y permanece al margen de la reforma social y educativa de la Revolución Mexicana. Estuvo en el exilio durante entre 1915 y 1938, periodo clave del proceso revolucionario y, aunque se mantuvo informada de los acontecimientos del país no estuvo presente en los días la promulgación de la Constitución de 1917, ni vivió en medio del auge del nacionalismo cultural y las reformas educativas y sociales de los años veinte y treinta que reivindicó al indígena vivo como un emblema de la identidad nacional mexicana. El recorrido de Elena Arizmendi de México a Nueva York va en sentido contrario del que siguieron gringos radicales, artistas e intelectual, muchos ellos habitantes del Greenwich Village, barrio bohemio de Nueva York que cruzaron la frontera en busca del “su verano cosmopolita en México” (TENORIO, 1997). Atraídos por el radicalismo social, el movimiento artístico y el exotismo que atribuían a la cultura mexicana y que seducía su imaginación: Frances Toor, Anita Brenner, Ella y Bertram Wolfe, Edward Weston son algunos de la larga lista de gringas y gringos radicales que tuvieron se entusiasmaron con la efervescencia cultural posrevolucionaria. Como tantos otros, la neoyorquina Frances Toor se entusiasmó con la herencia prehispánica en la cultura popular y se convirtió una de sus más importantes promotoras mediante la revista *Mexican Folkways*, apareció a lo largo de casi dos décadas, de 1925 a 1937. En el polo opuesto, Arizmendi se orientó por una postura que exaltaba la herencia hispánica de la cultura mexicana.

Establecerse en Estados Unidos significó para Elena Arizmendi separarse de su familia y abandonar la posición económica desahogada que tenía en México, pero la habitación propia en Nueva York le permitió evitar el estigma social y familiar que pesaba sobre ella por la relación extramatrimonial con una figura pública como Vasconcelos, tan dado a provocar escándalos como lo hizo en el convento de Victoria, Texas, donde Arizmendi alguna vez se refugió de las presiones de Vasconcelos y como amenazó con hacerlo en Nueva York, para evitar que Elena pudiera sostener un empleo remune-

rado<sup>1</sup>. El estereotipo de “la amante” la perseguiría siempre, aún muchos años después de haber terminado la relación con Vasconcelos. Desde un punto de vista personal, Arizmendi entendió su permanencia en “la hospitalaria” Nueva York como una *expatriación* que le permitió alejarse de Vasconcelos y de la animadversión de su esposa, Serafina Miranda, con quien el oaxaqueño ya había procreado dos hijos al momento de conocer a Elena<sup>2</sup>.

### 3.—*El relato de Vasconcelos*

Este ensayo sobre el exilio de Elena Arizmendi recupera a la figura histórica que sirvió de inspiración a *Adriana*, personaje literario central de *Ulises criollo* y *La tormenta*, volúmenes iniciales de las memorias de José Vasconcelos, y obras muy leídas en México, y América Latina, especialmente *Ulises criollo*. Las páginas dedicadas a *Adriana* han sido descritas como una muestra cumbre de la literatura erótica mexicana. *Adriana* es un personaje memorable: según José Emilio Pacheco representa al estereotipo de “la amante” en el imaginario mexicano del siglo XX (PACHECO, 1982).

El relato vasconceliano es necesariamente sesgado: *Adriana* no es una imagen fiel sino un personaje ficticio producto de la imaginación del autor. La prosa de oaxaqueño en sus memorias es envolvente y es difícil distanciarse del poderoso relato vasconceliano para someterlo a la crítica histórica. Sin embargo, es necesario desenvolverse a contrapelo de los poderosos estereotipos de género que hicieron de *Adriana* una referencia literaria obligada del siglo XX y dejaron a Elena Arizmendi en la invisibilidad (CANO, 2004). Al mismo tiempo fue indispensable superar las preconcepciones propias y ajenas respecto a los valores canónicos de la cultura y las anteojeras nacionalistas que mantuvieron sumergida en un total desconocimiento la actividad de Elena Arizmendi en Nueva York.

Dada la importancia del personaje literario de *Adriana* vale la pena detenerse en su análisis. El episodio de *Adriana* en las memorias de Vasconcelos gira en torno a su intervención en la formación de la Cruz Blanca Neutral, asociación humanitaria principios del movimiento armado cuando, por recomendación de la familia Madero, *Adriana* acudió a pedir ayuda profesional al despacho jurídico de Vasconcelos para enfrentar los conflictos surgidos en el organismo humanitario y a partir de ese incidente comenzó la

1. ARIZMENDI, 2011. Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 10 de enero de 1917. En HENRÍQUEZ UREÑA y REYES, 1981, 41.

2. El término “expatriación” lo utiliza Alicia, personaje autobiográfico de Elena Arizmendi, al referirse a su decisión de establecerse en Nueva York. ARIZMENDI, 2011.

relación pasional. *Ulises criollo* se detiene en el encuentro amoroso inicial y no abunda en detalles de la participación de Arizmendi en el maderismo, ni tampoco trata la etapa neoyorquina de Elena Arizmendi. La intervención *Adriana/Elena* en la Cruz Blanca aparece entonces como un hecho circunstancial, un tanto frívolo, y sin sustento en una convicción política<sup>3</sup>.

La imagen de *Adriana* se inscribe en la convención artística del modernismo latinoamericano, estilo literario que suele representar a la mujer como receptáculo del deseo masculino<sup>4</sup>. La erotización de *Adriana*, la “Venus elástica”, se establece mediante imágenes fragmentarias de su cuerpo —“vientre digno de la esmeralda de Salomé, deprimido en el esófago, adelantado, en el pubis”— como es usual en esta convención literaria en donde no hay lugar para representar personajes femeninos complejos que se desenvuelvan como sujetos autónomos. También está presente el estereotipo modernista de la hechicera erótica, poseedora de un poder capaz de manipular y aún de destruir a sus víctimas (VASCONCELOS, 1920; 1935a, 486; 1935b, 456).

Los rasgos de *Adriana* están moldeados, como es natural, por el despecho amoroso y la añoranza. *Adriana* es una distorsión, por momentos, muy cruel de Elena Arizmendi: “una George Sand sin talento” (VASCONCELOS,



Elena Arizmendi, 1934. Colección Emma Spalding Rivas.

3. Con excepción de la biografía histórica, *Se llamaba Elena Arizmendi*, de reciente publicación, las escasas referencias a Arizmendi en los estudios sobre José Vasconcelos siguen, en lo esencial, las pautas del relato vasconceliano que excluye la posibilidad de ver a *Adriana/Elena* como un sujeto con intereses políticos al referirse a ella como “el gran amor” o aún “la soldadera” del escritor. Véase: KRAUZE, 2000; DOMÍNGUEZ, 1997.

4. Sobre el estereotipo modernista de la mujer véase: MOLLOY, Sylvia: “Introduction to Female Textual Identities”. En CASTRO-KLARÉN, Sara; MOLLOY, Sylvia; SARLO, Beatriz: *Women’s Writing in Latin America. An Anthology*. Boulder, Westview Press, 1991.

1935a). Pero Vasconcelos no es del todo consistente: si mira con desprecio los intereses literarios de *Adriana* y se ensaña en la ridiculización de sus ambiciones intelectuales también muestra una relación de pareja moderna, en donde el compañerismo y el diálogo sobre asuntos intelectuales son los ingredientes esenciales del vínculo amoroso. Las lecturas compartidas, la sensibilidad artística y la conversación parecen ser tan importantes como el goce erótico y la comunidad espiritual de la pareja.

A pesar de sus inevitables sesgos, las memorias de Vasconcelos son la única fuente que informa sobre el universo intelectual de Arizmendi. No obstante su escasa educación escolar y pobre formación literaria, *Adriana* era una lectora de intereses amplios estaba “muy enterada de la obra de Wilde”, conocía al historiador Jacob Burckhard, y a leía a la novelista francesa George Sand, entre otros autores. En Nueva York, *Adriana* descubrió a Ellen Key, escritora sueca que tuvo gran aceptación en medios feministas de Estados Unidos en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial (COTT, 1987, 46). Ellen Key favorecía el sufragismo y propugnaba la autonomía económica de las pero, a diferencia de otras posturas feministas, la sueca consideraba que las actividades de las mujeres en la esfera pública, ya fuera el empleo remunerado o las labores filantrópicas deberían estar subordinadas a la dedicación al hogar y a la maternidad, a las que consideraba no tanto como obligación de las mujeres sino como fuentes indispensables de su bienestar y la satisfacción personal.

Ellen Key, exalta la “alegre y sencilla vida doméstica” y “la sinceridad y la franqueza en las mujeres” que no excluye “pureza y dignidad” en un artículo publicado en *Feminismo internacional*<sup>5</sup>. El ideal doméstico trazado por Key era el deseo imposible de Arizmendi: formar una familia con Vasconcelos, aspiración que alguna vez él también compartió: “y si mis hijos hubieran sido de ella, entonces hallaría el paraíso en la Tierra” (VASCONCELOS, 1935a, 460). Desde la perspectiva de la feminista sueca, la otra fuente de satisfacción de las mujeres era el goce erótico, al que le atribuía una connotación romántica y espiritual. La vida sexual plena constituía un espacio íntimo en donde se expresaban las necesidades individuales de cada uno de los miembros de la pareja y que era un componente esencial en su visión del matrimonio. A diferencia del ideal matrimonial victoriano que en algunos círculos radicales neoyorquinos se empezaba a ver como monótono, represivo e hipócrita. Key favorecía una relación pareja que compartía la responsabilidad financiera era compartida y no cabía el interés económico sino que la compatibilidad y el deseo mutuo eran los elementos indispensables. Es el ideal de la utopía amorosa de Vasconcelos en *La raza cósmica*,

5. KEY, Ellen: “La alegría del hogar”. *Feminismo internacional*, enero de 1923.

donde las parejas se unirán por el gusto mutuo y podrán disolverse con facilidad. Es mismo ideal también permea *Vida incompleta...*, la novela de Elena Arizmendi. Los personajes autobiográficos *Alicia* (Elena) y *Ricardo* (Vasconcelos) estaban unidos por “la amistad y el compañerismo” que fue afirmándose a medida que iban descubriendo su congenialidad: “gustan de las mismas cosas; se enternecían ante los mismos espectáculos, los autores favoritos de uno, lo eran también del otro. Las charlas al aire libre... fueron las nupcias de la dicha” (ARIZMENDI, 2011, 32).

En Vasconcelos, Nueva York está asociada a la separación definitiva de la pareja. *Adriana* descubre el feminismo y acentúa su liberalidad sexual en la urbe: recorta sus faldas a moda *flapper* y provoca el interés sexual de los hombres con que quienes tiene trato, ya sea su maestro de música italiano, los estudiantes a quienes impartía clases de español para ganarse la vida o el escritor Martín Luis Guzmán también exiliado en Nueva York. La amistad con Martín Luis Guzmán exacerbó las tensiones entre *Adriana* y Vasconcelos hasta precipitar la ruptura definitiva. La versión de Pedro Henríquez Ureña es menos dramática que la de *La tormenta*. Según el dominicano, Martín Luis Guzmán era quien estaba “un poco enamorado” de *Adriana*. Generalmente duro en sus juicios hacia las mujeres, Henríquez Ureña tenía una buena opinión sobre Arizmendi: apreciaba su conversación y se afanó por a encontrarle un trabajo como maestra de español en las afueras de la ciudad de Nueva York, donde estuviera a salvo de los escándalos de Vasconcelos<sup>6</sup>.

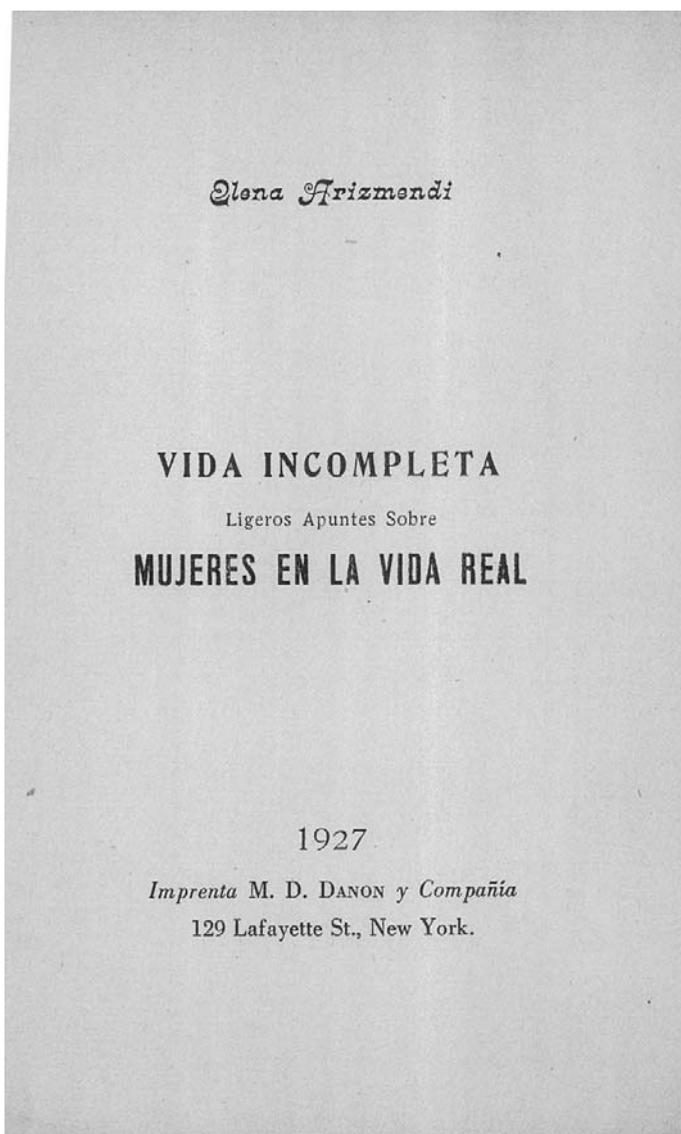
La gran omisión del relato vasconceliano sobre *Adriana* son sus logros en Nueva York. *La tormenta* detalla muchos otros momentos de la relación amorosa y de su desenlace, pero pasa por alto el encuentro de Vasconcelos y Arizmendi de 1927, más de diez años después de su ruptura. Ya separada de Duersch, Elena se había convertido en una colaboradora regular de la prensa hispana de la urbe y hasta le hizo una entrevista a Vasconcelos, publicada en *La revista de la raza* (ARIZMENDI, 2011). La mención del breve encuentro, ocurrido cuando Vasconcelos pasó por Nueva York, antes de regresar a México, hubiera matizado el dramatismo de un relato en el que los protagonistas de la tormenta interior nunca jamás volvieron a verse. Pero Vasconcelos habría tenido que referirse a la transformación de *Adriana* en Nueva York quien logró darle un nuevo significado a su vida al dedicarse a actividades creativas e intelectuales, lo que sería inconsistente con la imagen de la hechicera erótica y de la ligereza y la incapacidad atribuida al personaje de *Adriana*.

6. Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 10 de enero de 1917. En HENRÍQUEZ UREÑA y REYES, 1981, 41.

Durante el encuentro de 1927, Vasconcelos debió tener noticias de la novela autobiográfica de Arizmendi. Quizás hasta tuvo en sus manos un ejemplar de *Vida incompleta. Ligeros apuntes sobre mujeres de la vida real* publicada en ese mismo año. Impresa en un taller ubicado en la parte baja de Manhattan y el breve volumen es una edición financiada por su autora que seguramente tuvo una circulación restringida entre amigos y conocidos. Al margen de cualquier propósito literario o artístico, la novela de Arizmendi tiene una intención pragmática. Son unos “ligeros apuntes” que se publican en beneficio a la autora y a sus lectoras. La novela busca exorcizar recuerdos sentimentales muy dolorosos a través de un ejercicio narrativo, y al mismo tiempo, al ventilar asuntos íntimos Arizmendi pretendía acallar rumores con respecto a su vida privada. cuestiones de su intimidad, “sobre los que todo el mundo al tener noticia, se sentía con derecho a intervenir con grandes protestas” (ARIZMENDI, 2011, 71). Pero su propósito va más allá al proponer una reflexión sobre los dilemas que enfrentan las mujeres emancipadas al formar una pareja, ya sea dentro o fuera del lazo matrimonial, asuntos que generalmente no se tratan. El valor de *Vida incompleta*, no radica en sus méritos narrativos sino en el gesto de la autora de publicar un relato que rebasara lo puramente autobiográfico y tuviera utilidad al hacer una reflexión generalizable sobre la situación de las mujeres “de la vida real”, que confrontara las visiones romantizadas de las relaciones de pareja.

Al regresar a México, Vasconcelos conoció a Antonieta Rivas Mercado, impulsora y mecenas de la modernización de la cultura mexicana, quien se refugió en Nueva York en 1929. Quince años más joven que Arizmendi, Rivas Mercado, representada como *Valeria* en las memorias de Vasconcelos, también pertenecía a la élite social porfiriana y sostuvo una relación extramatrimonial el autor de *Ulises criollo*. Esa relación comenzó al calor del activismo político del año de 1929 que antecedió a la campaña de José Vasconcelos a la presidencia de la república, episodio que Rivas Mercado relató en una importante crónica. En el mes de septiembre, a unos meses del asesinato del estudiante Germán del Campo, Rivas Mercado viajó a los Estados Unidos con el doble propósito de alejarse de la violencia política que se cernía sobre el movimiento anti-reeleccionista y de hacer propaganda en el extranjero a favor de la causa de Vasconcelos. Su viaje también fue una manera de alejarse de la intensidad de Vasconcelos, en momentos de agudización de la lucha antireeleccionista. Antonieta escribió que, en Nueva York, aspiraba lograr “la conquista de mi misma y del mundo”<sup>7</sup>. Al igual que en el caso de Arizmendi, la metrópoli representó una suerte de

7. Carta de Antonieta Rivas Mercado a Manuel Rodríguez Lozano, 28 de septiembre y 6 de octubre de 1929. En SCHNEIDER, 1987, 383-384.



Portada de la edición original de la novela autobiográfica de Elena Arizmendi, 1927.

refugio, donde Antonieta quiso sumergirse en el trabajo literario y cultural. A su llegada a Nueva York, Rivas Mercado entró en contacto con algunos de los intelectuales latinos de la urbe y, desde los primeros momentos, se sintió bienvenida en la ciudad de los rascacielos como le había ocurrido a Elena más de tres lustros atrás. Pero la estancia de Rivas Mercado no fue satisfactoria y fructifica como la de Arizmendi. Un quiebre nervioso

impidió a Antonieta cumplir su propósito de dedicarse a la escritura, y en vez de adentrarse en el movimiento teatral de la metrópoli, pasó varias semanas internada en un hospital de Manhattan. Fue una anticipación de su trágico desenlace ocurrido al quitarse la vida en París, a un año de que salió de México al lado de Vasconcelos, tras la derrota del movimiento anti-reeleccionista.

#### 4.—*Nueva York*

En las primeras décadas del siglo, Nueva York, ciudad de inmigrantes y puerto de ingreso a los Estados Unidos, albergó una comunidad de intelectuales y profesionales originaria principalmente de República Dominicana, Cuba y Puerto Rico a la que se incorporaron algunos exiliados de la Revolución Mexicana. Recién llegados, Arizmendi y Vasconcelos se mantuvieron distanciados de otros mexicanos por diferencias políticas, pero se frecuentaron a antiguos amigos que ya eran parte de la comunidad *latina*, término del caló neoyorquino para designar a los hispanohablantes, que según Vasconcelos no empleaba (VASCONCELOS, 1935a, 787). La pareja paseaba por las cervecerías del *Columbus Circle* con el dominicano Manuel Cestero y Salomón de la Selva, poeta nicarguense (VASCONCELOS, 1935a, 723). También frecuentaron al dominicano Pedro Henríquez Ureña, amigo de Vasconcelos desde los tiempos desde El Ateneo de la Juventud.

La gran ciudad fue especialmente atractiva para aquellos desterrados mexicanos —como José Vasconcelos o Antonio Villareal que buscaban mejores oportunidades de empleo de las que podían ofrecer los poblados fronterizos o la ciudad de San Antonio, Texas, destino preferido de los antiguos porfiristas acaudalados que no tenían gran apremio económico. Aunque Elena Arizmendi dispuso de recursos de su familia y al salir de México llevaba consigo algunas joyas, también desempeñó actividades remuneradas: por recomendación de Pedro Henríquez Ureña pudo impartir clases de español y tuvo sus colaboraciones en la prensa debieron significarle alguna retribución económica exigua. Por algún tiempo, estableció una casa de huéspedes con dinero enviado desde México (ARIZMENDI, 2000). Sea como sea, Arizmendi tuvo que ganarse la vida por primera vez durante su exilio. Aún en el período de su matrimonio con Robert Duersh, Arizmendi desempeñó actividades remuneradas, según correspondía su ideal de pareja moderna en donde las responsabilidades económicas eran compartidas (ARIZMENDI, 2011).

Nueva York era también un centro de actividad feminista. La metrópoli concentró un gran número de clubes de mujeres y, desde los años de la Guerra Civil fue sede de organizaciones de mujeres. Ya entrado el siglo

XX —en el año de 1908— la primera manifestación pública del sufragismo se llevó a cabo en las calles de la urbe. Al llegar a Nueva York, Arizmendi fue testigo de la última etapa del movimiento sufragista que triunfó en Estados Unidos en el año de 1919, tras una prolongada lucha política que se volvió emblemática. Pero el feminismo de Arizmendi no surgió en la urbe; se manifestó, por lo menos, desde los años del maderismo cuando formó la asociación humanitaria Cruz Blanca, que definió su acción como “decididamente feminista” en tanto procuraba ampliar los espacios de influencia de las mujeres en la familia y buscaba la protección del trabajo asalariado de las mujeres<sup>8</sup>.

Arizmendi tenía una gran admiración por las sufragistas angloamericanas —su fortaleza, capacidad organizativa y efectiva oratoria le causaban una gran impresión— pero también resentía el racismo con que las dirigentes del sufragismo miraban América Latina. En 1923 formó la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, una red de intercambio cultural y comunicación transnacional, de carácter no gubernamental, con una postura pacifista, que fue conocida en círculos feministas de México, Colombia, Uruguay y España y tal vez otros países. Aunque con una estructura organizativa débil y una proyección política marginal, la Liga perfiló una postura ideológica definida que reclamaba la reivindicación feminista de los derechos individuales y de la autonomía personal de las mujeres como una alternativa legítima para América Latina. Al mismo tiempo, la Liga se oponía a la generalizada apreciación del feminismo como una ideología anglosajona, que ponía en entredicho las identidades nacionales de Hispanoamérica y que expresaba una subordinación colonizada a la influencia cultural de los Estados Unidos<sup>9</sup>. En lo personal, para Elena Arizmendi, el membrete de la Liga sirvió como un respaldo a acciones políticas, que en lo individual, a ella probablemente nunca hubiera emprendido. En su calidad de Secretaria General de la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, confrontó el racismo de Carrie Chapman Catt, la principal líder sufragista de Estados Unidos, y manifestó sus opiniones políticas ante los presidentes Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas, un gesto internacionalista que al mismo mantenía vivo su apego a México.

Los círculos hispanohablantes de Nueva York, con sus librerías, publicaciones periódicas, veladas literarias y redes de sociabilidad fueron propicios el florecimiento de los intereses periodísticos de Elena Arizmendi. Aunque

8. AHCB, Acta constitutiva de la Cruz Blanca Mexicana, 30 de enero de 1912, en *Estatutos de la Cruz Blanca*, 1971, p. 11.

9. Sobre la condena al feminismo desde posturas feministas véase: RUIZ MARTÍNEZ, 2001; CANO, 1998.

no existen estudios detallados sobre la composición social de la población latina de Nueva York en las primeras décadas del siglo pero sabemos que en 1916 era de 22, 000 personas, en 1920 casi se había duplicado y sumó 41, 000, y en 1930 alcanzó un total de 110, 223. La mayor parte de esta población provenía de las Antillas, especialmente, Cuba y Puerto Rico y eran trabajadores manuales. Pero la urbe también albergó un sector profesional. La *Guía Hispánica*, un registro negocios y prestadores de servicios comerciales de Nueva York, incluyó en su edición de 1923, un total de 275 establecimientos de diverso tipo y 150 profesionistas, entre médicos, dentistas y abogados. *Feminismo internacional* publicó anuncios de médicos y dentistas, estudios fotográficos, clases de piano, canto y baile y, servicios de rizado del cabello, entre otros negocios. En algunos casos, los anuncios apelaban a la identidad hispánica de sus consumidoras, como lo hizo la Perfumería Sevilla de la calle Broadway, algunos dentistas y un servicio de rayos X que proclamaba: ¡Españoles, hallad vuestra salud!<sup>10</sup>. También se anunciaron en la revista dos servicios de compras de ropa, muebles y artefactos domésticos que, previo pedido, enviaban sus productos a América Latina. Los anuncios son un indicio de que el público lector de *Feminismo internacional* se componía por mujeres con capacidad de consumo de bienes culturales, espectáculos, productos y servicios de belleza y modas, que vivían tanto en Nueva York como en otras ciudades. En los once números de *Feminismo internacional*, sólo hay un anuncio relacionado con el trabajo, de una escuela de una capacitación por correspondencia para operadoras de telégrafos y teléfonos.

Nueva York tuvo también una vigorosa comunidad lectora en español: en los años veinte existían tan sólo en Manhattan, cuatro librerías hispánicas en las que *Feminismo internacional* estaba a la venta en 1923. Eso sin mencionar la *Librería de los Latinos* que el escritor mexicano José Juan Tablada sostuvo por una corta temporada en 1921<sup>11</sup>. Otro indicio del creciente público lector hispano fue la publicación diaria de *La prensa* a partir de 1918, que venía apareciendo semanalmente desde 1913. *Feminismo internacional* y *Vida incompleta...* fueron una revista y un pequeño libro, en una período de expansión de la cultura impresa neoyorquina de la ubres. Es auge editorial se benefició de una corriente académica hispanista que

10. *Feminismo internacional*, septiembre y noviembre de 1923.

11. Un recuadro anunciaba que *Feminismo internacional* estaba a la venta en: “la Librería Renacimiento (24 West 16 th Street), la Librería Española de Carlos Figueras (115 W 63th Street), la Librería Española (46 Avenue), Librería de Zabala y Maurin (3 West 47 Street) y la Librería Española de Mrs. Juan Cuadrado (2017 Lexington Ave, entre 122 nd y 123 rd Street)”, *Feminismo internacional*, vol. 1. num 9, septiembre de 1923, p 16. La Librería de los Latinos de Tablada estaba el 188 Este de la Calle 28 según HERNÁNDEZ, 2000, 59.

se manifestó en Estados Unidos en los años de la primera Guerra Mundial, impulsada desde la península ibérica en un afán del gobierno español de mejorar su imagen internacional. Los promotores de esa corriente tenían la intención de contrarrestar el excesivo materialismo de la sociedad y la cultura estadounidense mediante la divulgación de los valores espirituales de la cultura española. El surgimiento de *Hispana*, revista de la Association of Teachers of Spanish de la ciudad de Nueva York en el año de 1917, se inscribe en esta corriente de hispanismo académico cuyo principal representante en la urbe fue Federico de Onís, catedrático de la Universidad de Salamanca y, desde 1916, de Universidad de Columbia (PIKE, 1971; PÉREZ MONFORT, 1992, 18). El profesor Onís fue también el artífice del Instituto de las Españas de esa universidad neoyorquina, que publicó obras literarias en español y uno de los primeros en saludar la aparición de la Liga de Mujeres de la Raza, a la que juzgó como “una iniciativa de importancia extraordinaria, [que] responde completamente a mi manera de pensar”<sup>12</sup>. A su vez, Elena Arizmendi veía bien este interés académico hispanista: “Estados Unidos es de todos los pueblos extranjeros, donde se nos quiere estudiar con sinceridad...aclarando la leyenda negra que por siglos ha cubierto a nuestros pueblos y en particular a España”<sup>13</sup>.

Un elemento de cohesión para la comunidad hispánica en Nueva York eran los representantes diplomáticos de los países hispanoamericanos. Entre los primeros en saludar la aparición de la *Feminismo internacional* estuvieron varios cónsules. En particular, Arizmendi contó con el apoyo de Faustino Roel, cónsul mexicano que hizo una donación de 200 dólares a la revista, con acuerdo de Alberto J. Pani, secretario de Relaciones Exteriores y a quien Arizmendi había tratado a raíz de las actividades de la Cruz Blanca Mexicana durante el gobierno de Madero. Un par de meses después, *Feminismo internacional* dio a conocer una entrevista en la que el ingeniero Roel hablaba de las oportunidades comerciales que México ofrecía al capital estadounidense, cuando se acababan de reestablecer las relaciones diplomáticas entre ambos países, interrumpidas a raíz de la Revolución Mexicana. El sucesor de Roel en el consulado, Arturo Elías, no tuvo tan buen trato con Arizmendi y se negó a apoyar la Liga de Mujeres de la Raza. En respuesta, Arizmendi envió una airada carta al Presidente de la República Plutarco Elías Calles, quien, por cierto, tenía una relación familiar con el cónsul Calles<sup>14</sup>.

12. *Feminismo internacional*, diciembre de 1922.

13. ARIZMENDI, Elena: *Feminismo internacional*, enero de 1923.

14. Elena Arizmendi al Presidente de la República, Protesta por la falta de apoyo económico a la Liga de Mujeres de la Raza de parte del señor Arturo Elías, Cónsul general de

A lo largo de su corta existencia como revista independiente, *Feminismo internacional* se financió con alguna publicidad comercial de negocios hispanos en Nueva York. Su desaparición probablemente ocurrió al agotarse la donación del consulado; mientras que por otra parte, la Liga de Mujeres sólo exigió gastos ocasionales y pudo sostenerse con los recursos de Arizmendi. Al desaparecer *Feminismo internacional* Arizmendi siguió publicando artículos en diversas publicaciones. Una de ellas, la *Revista de la raza*, editada en Madrid y con corresponsalías en Nueva York y otras ciudades de Europa, América y África tuvo una columna regular a cargo de Arizmendi. Su actividad periodística estaba estrechamente ligada a su actividad feminista y le ganó amistades internacionales. Sostuvo correspondencia frecuente con la doctora Paulina Luisa, una de las primeras médicas tituladas en América Latina y precursora del feminismo en Uruguay, y con Carmen Burgos, prolífica escritora española quien le dedicó el libro *La mujer moderna y sus derechos*, publicado en Valencia, en el año de 1927 (CHRISTINE, 1999; BURGOS, 1927).

Como era frecuente entre los exiliados de la Revolución Mexicana, Arizmendi mantuvo la mirada puesta en los acontecimientos políticos de México a lo largo de su etapa neoyorquina, aún cuando, por momentos, tal vez pensó que nunca más regresaría a su país de origen, especialmente al contraer matrimonio y obtener la nacionalidad estadounidense. Las críticas de Elena Arizmendi a los gobiernos posrevolucionarios estaban moldeadas por sus experiencias en Estados Unidos, país al que admiraba en muchos aspectos. En una carta dirigida al Presidente Lázaro Cárdenas, Arizmendi hizo una exaltación de la libertad religiosa —“leyes sabias, y costumbres sabias”— de su país adoptivo en donde “los conflictos se resuelven con la cooperación de todo ciudadano útil y patriota, sin distinción de partido político o creencia religiosa. Este espectáculo es hermoso y bien daría yo lo que me resta de vida si con ello se lograra cosa idéntica en mi patria, Méjico. (sic)”<sup>15</sup>.

##### 5.—*La Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas*

La Liga Mujeres de Ibéricas e Hispanoamericanas surgió con el fin de hacer contrapeso al predominio estadounidense en las organizaciones panamericanas de mujeres, que se acentuó en los años posteriores a la Primera

---

México en Nueva York. 26 de octubre de 1928. Fondo Obregón Calles, 707-N-12, extracto. Archivo General de la Nación, México (en lo sucesivo AGNM).

15. Recorte de periódico sin identificación. Fondo Lázaro Cárdenas, 531.1/4. AGNM.

Guerra Mundial. La acción internacional del sufragismo angloamericano se había concentrado hasta entonces en Europa y, a principios de los años veinte, se dirigió al continente americano, en momentos en que el gobierno de los Estados Unidos buscaba consolidar su hegemonía política en la región y suavizar la mala imagen que le habían ganado las intervenciones militares. Al mismo tiempo, los países al sur del Río Bravo ofrecían un nuevo campo de acción para las dirigentes sufragistas, que tras el triunfo del verano de 1920, de la noche a la mañana, se quedaron sin una meta tan claramente definida como lo fue el sufragio a lo largo de los setenta y cinco años que duró la lucha.

Desde sus primeros tiempos en Estados Unidos, Elena Arizmendi observó la fuerza de las organizaciones de mujeres en ese país y vislumbró la posibilidad de impulsar una corriente feminista hispánica y católica que estuviera por encima de las diferencias nacionales. Ese “sueño largamente acariciado” cobró cuerpo a raíz del Congreso Feminista Panamericano, efectuado en abril de 1922 en Baltimore, Maryland, donde los propósitos imperialistas estadounidenses fueron evidentes y el menosprecio angloamericano hacia América Latina se manifestó con agudeza. Dicho congreso fue organizado de manera conjunta por la Unión de Mujeres Votantes de Estados Unidos y la Unión Panamericana y tuvo el apoyo del Departamento de Estado<sup>16</sup>. La mayor parte de los países del continente estuvieron representados en Baltimore. También estuvieron presentes Emmeline Pankhurst, veterana de la lucha por el voto femenino, y Lady Nancy Astor, la primera mujer en ocupar un escaño en el parlamento británico, invitadas especiales que simbolizaban la identidad común y los vínculos políticos que unían al sufragismo anglosajón de ambos lados del Atlántico.

Por su parte, Elena Arizmendi acudió a Baltimore a título personal, sin ninguna representación oficial y se mantuvo al margen de la delegación mexicana, enviada por el gobierno de Álvaro Obregón y que encabezó la profesora Elena Torres, colaboradora de confianza de Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública, y con una destacada trayectoria en el feminismo desde los congresos de Yucatán de 1916. Las delegadas mexicanas —Eulalia Guzmán, Julia Nava de Ruíz Sánchez, María Luisa Garza, entre otras— no dieron muestras de resentir el racismo ni los aires de superioridad de las sufragistas anglosajonas y participaron con entusiasmo en las distintas actividades del congreso panamericano, incluida una reunión con el Presidente Warren G. Harding, efectuada en la Casa Blanca. En Baltimore, Elena Torres aceptó el cargo de vice-presidenta de la Liga Feminista

16. NAVA DE RUIZ SÁNCHEZ, 1923, s.p.i., p. 26. ARIZMENDI, Elena: *Feminismo internacional*, enero de 1923.

Panamericana y al año siguiente se ocupó de la organización del congreso del mismo nombre celebrado de la ciudad de México, el primero de los varios congresos de mujeres en los que se esbozaron importantes políticas sociales del México posrevolucionario (CANO, 1990).

Lady Astor provocó la indignación de Elena Arizmendi al declarar que ella nunca se arriesgaría a viajar por América Latina porque su vida correría peligro a causa de la violencia prevaleciente en esa región del mundo<sup>17</sup>. Sus palabras tuvieron amplia resonancia en la prensa por haber nacido en Estados Unidos (era originaria del estado Virginia y obtuvo la nacionalidad inglesa y al casarse con Lord Astor) y por el desenfado de Nancy Astor, pero su visión sobre las sociedades hispanoamericanas no era cosa de excepción.

Carrie Chapman Catt, la principal promotora del congreso de Baltimore, quien en un principio vio con optimismo el proyecto de extender el sufragismo por todo el continente americano y hasta llamó a sus seguidoras a aprender castellano, también participaba de una concepción estereotipada y racista de América Latina, que manifestó en un artículo publicado en el suplemento político del *New York Times*, a su regreso de una gira por América del Sur. El viaje la convenció de que el feminismo no tenía posibilidades de florecer en la región latinoamericana a causa de una serie de inercias sociales: la gran influencia de la Iglesia católica, una legislación civil napoleónica y “un excesivo interés por el sexo” de parte de los varones que coartaba la libertad de movimiento de las mujeres al colocarlas en una posición de virtual esclavitud sexual. El desencanto fue tan grande, que la sufragista abandonó por completo su proyecto hispanoamericano: canceló el viaje a México y Centroamérica previsto para el año siguiente, y la única vez que volvió a poner un pie en un país hispanohablante fue en 1925, durante una gira a favor del pacifismo —y ya no del voto femenino— que la llevó a Cuba (CHAPMAN CATT, 1993; VON BORIS, 1987). Como Secretaria General de la Liga de Mujeres de la Raza, Arizmendi denunció la parcialidad de Chapman Catt sobre América Latina al señalarle desde las páginas de *Feminismo internacional* que “la falta del idioma, su corta permanencia en América del Sur —el viaje duró apenas menos de tres meses— y las pocas oportunidades que tal vez se le presentaron para conocer a las mujeres progresistas que existen en esa parte de América”<sup>18</sup>.

Si en un principio Arizmendi pensó formar un centro de información sobre mujeres hispanoamericanas y españolas el proyecto derivó a la larga en

17. ARIZMENDI, Elena: *Feminismo internacional*, diciembre 1922 y *The Sun*, Baltimore, Maryland, 16 y 29 de abril de 1922.

18. CHAPMAN CATT, 1993. ARIZMENDI, Elena: “Una entrevista con Carrie Chapman Catt”. *Feminismo internacional*, septiembre de 1923.

la Liga de Mujeres de la Raza cuyo órgano informativo, *Feminismo internacional*, se publicó durante diez meses antes de convertirse en una sección de *La Revista de la Raza* editada en Madrid. El proyectado “centro femenino de información” y la revista de la Liga de Mujeres de la Raza tenían el propósito común de refutar las visiones sobre el retraso de las mujeres y el feminismo en América Latina que surgieron en medio de la explosión de imágenes visuales y narrativas que, apoyadas en las nuevas tecnologías de la información, circularon ampliamente en Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XX (al mismo tiempo que la inversión estadounidense se extendía en América Latina). A través de revistas ilustradas, mapas, relatos de viaje, informes y fotografía se formuló un discurso neocolonial que representaba a la región latinoamericana como un territorio vacío y deficitario, necesitado de la presencia de científicos, moralistas, técnicos, inversionistas y de reformadores y reformadoras sociales estadounidenses (SALVATORE, 1998, 76). La proliferación de esas imágenes coincidió con el afianzamiento del panamericanismo. En su origen, la Unión Panamericana fue concebida como una oficina de información comercial, campo de interés que pronto se amplió hasta casi todos los aspectos de la sociedad.

La disparidad de recursos entre la Liga Feminista Panamericana y la Liga de Mujeres de la Raza era enorme, la primera contaba con el apoyo del gobierno de Estados Unidos y, en términos formales, también tenía el apoyo los gobiernos hispanoamericanos; mientras que la Liga de Mujeres de la Raza se sostuvo casi exclusivamente con los recursos personales de Arizmendi. El proyecto era “quijotesco” por usar un término caro a Elena Arizmendi, sin embargo, la también llamada Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas perduró hasta entrados los años treinta, al menos como un membrete.

Arizmendi reivindicaba como propias las metas del feminismo angloamericano y tenía admiración personal hacia “la voluntad de acero” y las capacidades organizativas, oratorias y políticas de Chapman Catt, y hasta veía con buenos ojos que “la palabra vibrante de las sufragistas” se escuchara por todo el continente americano. Lo que no aceptaba era su pretensión de poseer las claves de la emancipación femenina universal: “el movimiento feminista de Estados Unidos puede abundar en sugerencias, en ejemplos fecundos [pero] no es aceptable todo lo que ese movimiento nos puede ofrecer y más difícil es aun que se nos pueda imponer, como suma y modelo de la civilización”<sup>19</sup>. Paradójicamente, la Liga de Mujeres de la Raza dirige su convocatoria a Hispanoamérica y España pero su principal fin es interpelar al sufragismo angloamericano.

19. ARIZMENDI, Elena: “Editorial”. *Feminismo internacional*, junio de 1923.

La esporádica presencia de la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas en los escenarios del feminismo de América Latina se menciona en varios estudios especializados, siempre en relación con un contexto nacional específico<sup>20</sup>. Se desconoce, en cambio, su dimensión transnacional al igual que los datos básicos de su cronología, sus coordenadas ideológicas, los alcances de su influencia y así como las circunstancias de su origen, ocurrido fuera de las fronteras geográficas de América Latina, en la ciudad de Nueva York, donde los medios de comunicación en español fueron su soporte material indispensable.

Uno de los ejes temáticos de *Feminismo internacional* fue rebatir con hechos y datos concretos las afirmaciones de Chapman Catt sobre los excesos sexuales de los hombres y la indolencia de las mujeres latinoamericanas. En todos sus números, la revista publicó noticias breves sobre el feminismo en América Latina, especialmente en México, Chile, Perú y Colombia y en varias ocasiones incluyó en sus páginas una sección con escritos de “hombres cultos [que] honran a la mujer hispanoamericana”: José Enrique Rodó, Amado Nervo, José Ingenieros y José Santos Chocano, todos ellos figuras del hispanoamericanismo. Una galería de personalidades ilustres incluyó a Baltasar Brum, presidente del Uruguay y autor del libro *Los derechos de civiles y políticos de la mujer* (1922); al pianista español Alberto Jonás; y a Eduardo Posada, director de la Academia de Historia de Bogotá entre los hombres y, entre las mujeres, a Paulina Luisi, médica y promotora del feminismo en Uruguay; María Enriqueta, escritora mexicana exiliada en España, Miguelina Acosta Cárdenas, abogada peruana. Carmen Burgos, *Colombine*, a prolífica escritora popular española y presidenta honoraria de la Liga de Mujeres de la Raza, fue objeto de varias semblanzas<sup>21</sup>. El nombramiento de Carmen Burgos como presidenta honoraria de la Liga fue gesto emblemático, ya que la española no tuvo injerencia alguna en los asuntos de Liga de Mujeres de la Raza. Ni siquiera acudió al Congreso de Mujeres de la Raza efectuado en la ciudad de México, al que había sido convocada como invitada especial, según se anunció en las páginas de la *Revista de la Raza*<sup>22</sup>. No obstante Burgos correspondió la distinción al dedicar a Arizmendi su libro *La mujer moderna y sus derechos* (1927).

La Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas fue concebida por Arizmendi como una de las “grandes federaciones de razas” que desplazarían a las nacionalidades en la utopía trazada en *La raza cósmica*, de José

20. MACIAS, 1982; HAHNER, 1995; LAVRIN, 1995; BUCK, 2000.

21. *Feminismo internacional*, junio de 1922, marzo de 1923, junio de 1923, febrero de 1923, octubre de 1923, diciembre de 1924, y *Revista de la raza*, abril-mayo 1928.

22. *Revista de la Raza*, marzo 1925.

Vasconcelos. Pero mientras *La raza cósmica* reconocía al mestizaje como un elemento esencial de las sociedades hispanoamericanas, la Liga de Mujeres reivindicaba tan sólo la raíz hispánica de América Latina y, pasaba por alto la herencia cultural indígena. Al salir del país en medio del movimiento armado, Arizmendi no participó del nacionalismo cultural posrevolucionario ni de la exaltación indigenista que nunca compartió. En el exilio Arizmendi se nutrió del pensamiento hispanoamericanista que prevalecía en la comunidad de intelectuales latinos de Nueva York, y que tal vez ella conoció desde sus años juveniles en México.

El primer número de *Feminismo internacional*, de diciembre de 1922, publicó una crónica de la ceremonia del Día de la Raza efectuada en Nueva York, que contó con las intervenciones de los representantes diplomáticos de España y Cuba, y la asistencia de “lo más selecto de la comunidad hispana de la urbe”. Al igual que en otras partes del continente americano, la fiesta de la Raza en Nueva York fue un festejo de las clases pudientes. La conmemoración del 12 de octubre como Día de la Raza fue impulsada desde España hacia 1915 y se generalizó en los distintos países en los años de la Primera Guerra Mundial. Cabe destacar, sin embargo, el término raza se refería a los trabajadores mexicanos migrantes a Estados Unidos desde principios del siglo (RODRÍGUEZ, 2004). Al hacer investigación de campo entre la población origen mexicano en ese país, Manuel Gamio encontró que el término “la raza” aludía de manera particular a la herencia cultural mexicana y era de uso frecuente en la variada prensa popular mexicana de los Estados Unidos.

Al referirse a las asociaciones de la población de origen mexicano, Gamio también mencionó a la Alianza Hispano-Americana, una agrupación de tintes masónicos, creada en Tucson, Arizona, a finales del siglo XIX y con filiales en Chicago y muchas ciudades del Sur de Estados Unidos, que reunió a inmigrantes mexicanos y de otras nacionalidades de América Latina y llegó a tener una oficina en la ciudad de México. En sus inicios, la Alianza Hispano-Americana tuvo el propósito de ampliar los espacios políticos de la población de origen mexicano y, más tarde, se convirtió en una sociedad de ayuda mutua (GAMIO, 1927, 133, 136-137).

La Alianza Hispano-Americana de Tucson pudo ser un antecedente de la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, pero las raíces ideológicas de la Liga se hallan en el pensamiento hispanoamericanista que tuvo origen en España a finales del siglo XIX, cuando este país fue reconociendo muy gradualmente a sus excolonias como países independientes y se reinstauraron las relaciones diplomáticas. El hispanoamericanismo fue un proyecto nacional del estado español que buscó el restablecimiento de las relaciones de tipo cultural entre los dos hemisferios y el sostenimiento y defensa de la identidad común de los pueblos de Hispanoamérica (GRA-

NADOS GARCÍA, 2002, 5). Tras la derrota de España ante Estados Unidos en 1898, se llevaron a cabo iniciativas culturales diversas —asociaciones, congresos, publicaciones— orientadas a afianzar el acercamiento intelectual y comercial con América Latina. En 1900 se efectuó en Madrid el Congreso de la Unión Ibero-americana con el propósito de favorecer las relaciones comerciales entre América Latina y España, y subrayar la identidad común de los pueblos hispánicos.

En ese ambiente intelectual se perfiló la noción de un feminismo específico de los pueblos hispánicos. La Junta de Damas de la Unión Iberoamericana se formó en Madrid en 1903 con fines filantrópicos, que podemos suponer semejantes a los de la Cruz Blanca Mexicana de 1912. El libro *Mujeres de raza latina* (Madrid, 1906), de la escritora española Concepción Jimeno de Flaquer propugnaba por un feminismo particular y adecuado para las mujeres de América Latina y España, como más tarde lo haría la Liga de Mujeres de la Raza. Concepción Jimeno de Flaquer vivió en México en la década de los noventa del siglo XIX y editó *El Álbum de la mujer*, la primera de una serie de revistas literarias mexicanas que defendieron la educación intelectual de la mujer y la dignificación del papel de esposa y madre de familia culta (MARTÍNEZ, PASTOR, DE LA PASCUA, y TAVERA, 2000, 548-551). A finales del siglo, *El álbum de la mujer*, y más tarde *Violetas de Anáhuac* y otras revistas circulaban entre familias de posición social acomodada como los Arizmendi. No es arriesgado imaginar a la joven Elena, ya separada de su primer marido los 18 años de edad, como lectora de alguna de estas revistas que solían encuadernarse y conservarse en bibliotecas familiares.

Desde su sede en Nueva York, la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas se inscribe en la retórica hispanoamericanista que sostiene la existencia y la defensa de una identidad común a las naciones que fueron colonias del imperio español. Esa identidad reposa en la herencia cultural, la historia, las costumbres, el idioma castellano, y, para algunos, la religión católica, que dan sustento a la supuesta unidad espiritual de “la raza”. Pero el discurso de la emancipación de la mujer de Elena Arizmendi no tiene un sello específicamente hispánico, sino que se inscribe en una vertiente del feminismo de principios de siglo XX que propugnaba por ampliar la influencia de las mujeres en la esfera doméstica. De manera particular, Arizmendi hace suya la perspectiva de la escritora sueca Ellen Key que tuvo amplia resonancia en ambientes feministas en la primera década del siglo en Estados Unidos.

La Liga de Mujeres de la Raza sostenía una posición a favor del sufragio femenino, pero su principal interés no era la participación de las mujeres en la vida política. Su prioridad era la formación de las mujeres como sujetos autónomos, con independencia de criterio y acceso al mundo

intelectual así como la ampliación de la influencia de madres y esposas en la esfera privada. No se trataba de que las mujeres abandonaran el mundo doméstico, sino que su papel en la familia se dignificara y fuera compatible con actividades profesionales. El cuadro se completaba con una relación matrimonial moderna, basada en el compañerismo y la compatibilidad de la pareja fuera la base del matrimonio. La propuesta tiene una perspectiva de clase media y que veía con alarma la creciente incorporación femenina al trabajo industrial que alejaba a las mujeres de la vida doméstica.

El discurso de la Liga de Mujeres de la Raza le reconoce una posición central a España y atribuye una superioridad simbólica la cultura de la península, pero no coloca a América Latina en una posición subordinada a España. *Feminismo internacional* publicó sobre todo colaboraciones de América Latina y, con excepción de Carmen Burgos, no parece haber tenido mucha relación con autoras de la península ibérica.

La Liga de Mujeres de la Raza tiene nexos ideológicos con el pensamiento hispanoamericanista promovido por intelectuales de la península ibérica que a la vuelta de los siglos XIX y XX, buscaron revertir el desprestigio internacional de España y ampliar la influencia de su país en América Latina. Al impugnar los puntos de vista de Carrie Chapman Catt y Lady Nancy Astor sobre las relaciones entre los sexos en América Latina, Elena Arizmendi se unía al propósito de rebatir los estereotipos sobre la cultura hispana, que fue uno de los ejes discursivos del hispanoamericanismo. Se trataba, en palabras de Rafael Altamira, de “limpiar de calumnias nuestra historia” (NIÑO RODRÍGUEZ, 1993).

Los nexos ideológicos de la Liga de Mujeres de la Raza y el hispanoamericanismo intelectual la península ibérica de principios del siglo XX se aprecian también en el propósito de crear un feminismo hispano, expresado en “la lengua de Cervantes” y compatible con la idiosincrasia cultural y social de los pueblos hispanoamericanos y españoles. La necesidad de crear formas de organización social, adecuadas a una supuesta psicología particular hispana es una idea central del hispanoamericanismo representado por Altamira y que se inscribe hace en el modelo del nacionalismo cultural alemán según el cual debía haber una correspondencia entre la realidad cultural del pueblo y su organización como nación política.

La Liga de Mujeres de la Raza restringe su convocatoria a “las mujeres cultas de la raza” —“las señoras de reconocidos méritos morales e intelectuales”— y les atribuye la capacidad de impulsar la modernización de las relaciones entre los sexos. Al igual que el hispanoamericanismo y el arielismo de principios de siglo, la Liga de Mujeres rechaza la acción política en favor de la acción moral de las élites intelectuales, a las que atribuye un liderazgo moral que se define en oposición a la élite política, acusada de inmoralidad e incompetencia (NIÑO RODRÍGUEZ, 1993, 19-20).

La Liga se deslinda “de la actitud política que observen los gobiernos” y no tiene ninguna pretensión de formar una entidad política<sup>23</sup>.

La Liga de Mujeres de la Raza también se nutrió del *ariélismo* de las elites intelectuales latinoamericanas que, de acuerdo con Niño Rodríguez, tenían una sensibilidad parecida a la de los intelectuales españoles ante los problemas de la desintegración cultural de América Latina (NIÑO RODRÍGUEZ, 1993, 25). El *ariélismo* proclamaba la necesaria y deseable oposición entre el materialismo atribuido a Estados Unidos y la espiritualidad considerada característica de la cultura hispanoamericana. El célebre libro de José Enrique Rodó, *Ariel* (1900), alertaba en particular sobre el inminente peligro que corría la América Hispana de quedar asimilada a Estados Unidos y llamaba a defender los valores espirituales propios de Hispanoamérica<sup>24</sup>. *Ariel* alcanzó una enorme resonancia entre las élites intelectuales hispanoamericanas, a lo largo de casi todo el siglo, que se afanaron en distinguirse de los Estados Unidos y evitar caer en la temida imitación del Coloso del Norte. Al sustentarse en la “unión espiritual”, la Liga de Mujeres de la Raza se inscribe en el *ariélismo*, pero su posición feminista lo refuta de manera implícita. *Ariel* convoca a la juventud de América, pero a la juventud *masculina* de América y en ningún momento considera a las mujeres como sujetos de la intelectualidad del continente y ni siquiera reconoce su contribución como madres, lo que sí hace la escritora chilena Gabriela Mistral.

La *Revista de la raza* se editaba en Madrid desde 1915 bajo la dirección de Manuel Ortega, quien editó clásicos españoles y una colección de documentos históricos hispanoamericanos, cuya edición estuvo a cargo de Rafael Altamira, la principal figura del hispanoamericanismo a la vuelta del siglo. La casa editora también sacó a la luz la Biblioteca Popular Cervantes que se vendía a través de suscripciones. No es posible hacer aquí un análisis de esta publicación hispanoamericanista que perduró hasta finales de los años veinte y defendió la identidad histórica y cultural de los hablantes del idioma español, “nacidos en Asturias, Valencia, Cataluña, Valencia, Perú o Puerto Rico”. Con sede en Madrid, la revista tenía corresponsalías en Lisboa, Nueva York, Buenos Aires, Teurel, Casablanca y Constantinopla su preocupación central fue fortalecer los vínculos cultural internos al mundo hispano a través de libros revistas y aún viajes trasatlánticos<sup>25</sup>. Una característica distintiva de *Revista de la raza* fue la reivindicación de la pertenencia

23. *Feminismo internacional*, diciembre de 1922, pp. 1, 2 y 15.

24. Ese es el sentido del escudo y lema de la Universidad Nacional de México, un mapa de América Latina con la leyenda “Por mi raza hablará el espíritu”, que decretó Vasconcelos en 1921, durante su gestión como rector. FELL, 2000, 558.

25. *Revista de la raza*, junio 1926 y agosto-septiembre de 1927.

de los judíos sefaraditas a la comunidad cultural hispánica. En ocasiones, la revista abordó el tema de los estereotipos y la discriminación hacia los hispanos por parte de la cultura angloamericana. Por ejemplo, en 1929 un artículo rebatía la divulgada opinión que “niega condiciones fotogénicas a la raza hispánica” y mencionaba a Dolores del Río y Ramón Novarro, Lupe Vélez y Lía Tora, entre otros “astros hispanoamericanos”<sup>26</sup>.

Al igual que otras posturas hispanistas de las primeras décadas del siglo XX, la Liga de Mujeres de la Raza sostuvo una posición política en favor de una sociedad jerárquica y estable (PIKE, 1971; PÉREZ MONFORT, 1992). Su argumentación a favor del sufragio femenino partía de un criterio excluyente de las mayorías, dicho en palabras de Arizmendi: “parece inhumano o ilógico, que hombres analfabetos sean considerados como ciudadanos y en cambio a las mujeres, aun a las más cultas, se les niegue el derecho de ser ciudadanas de su patria”<sup>27</sup>. El sufragio restringido a las élites alfabetizadas era una de las coincidencias de Arizmendi con Chapman Catt y fue una postura frecuente tanto en Estados Unidos como en México, aunque la opinión a favor el sufragio universal femenino acabó por prevalecer en ambos países. En otros momentos, Arizmendi tuvo una postura política incluyente. Por ejemplo Elena Arizmendi era de la opinión que el Congreso de Mujeres de la Raza a celebrarse en la ciudad de México en el verano de 1925 contara con representantes “no sólo de todos los países iberos e hispanoamericanos y sino de todas las clases sociales, lo mismo las mujeres aristócratas que las más humildes y también las abnegadas maestras, las incansables empleadas, lo mismo las inteligentes que las ignorantes...”<sup>28</sup>.

A lo largo de su etapa neoyorquina, Arizmendi se mantuvo al tanto de los acontecimientos internos de México y aunque no era una católica militante ni tenía vínculos con la Iglesia ni con órdenes religiosas, en distintas ocasiones manifestó opiniones críticas del anticlericalismo de los gobiernos y de las organizaciones de mujeres posrevolucionarias. En 1923 *Feminismo internacional* protestó ante la exclusión de la escritora María Luisa Garza, “Loreley”, como delegada por Nuevo León al Congreso Feminista Panamericano de la ciudad de México, por considerarla contraria a “las tendencias radicales que compartían las señoras y señoritas reunidas”. La protesta acusaba de intolerancia a las organizadoras y citaba un oficio del presidente Álvaro Obregón a María Luisa Garza en el que el sonoreense

26. *Revista de la raza*, febrero de 1929.

27. ARIZMENDI, Elena: *Mujer: Periódico independiente para la elevación moral e intelectual de la mujer*. México, mayo 1929.

28. *Revista de la raza*, junio 1925.

criticó la falta de ecuanimidad que impidió que el congreso feminista tuviera representación de todos los credos<sup>29</sup>.

Años más tarde, Arizmendi subrayó en un artículo de periódico publicado probablemente en Nueva York que al convertirse en presidente de la república, Lázaro Cárdenas dejó de representar al Partido Nacional Revolucionario y se convirtió en representante de toda la nación mexicana “que es abrumadoramente católica, y por lo tanto debe de estudiar a fondo el problema de la prohibición religiosa, que no cura sino aumenta el fanatismo, fomenta la hipocresía y viola los derechos humanos que son sagrados, aunque no se tengan por tales”. Calificó al anticlericalismo del gobierno mexicano como un atropello a la libertad de conciencia, “que gozamos todos los que vivimos en Nueva York”<sup>30</sup>.

Un estudio sostiene que por su composición social urbana y de clase media, los congresos Feminista Panamericano y de Mujeres de la Raza coincidían en sus planteamientos esenciales. Sin embargo, el Congreso de Mujeres de la Raza quiso ser una alternativa al congreso Feminista Panamericano de 1923 (BUCK, 2000). Desde Nueva York, Arizmendi apoyó la organización del Congreso de Mujeres de la Raza y hasta logró que el *New York Times* publicara una entrevista con Sofía Villa de Buentello, la principal organizadora de la reunión (MACÍAS, 1982, 121). A final de cuentas, Arizmendi tuvo diferencias personales con Villa de Buentello y no asistió al congreso. Sin embargo, Arizmendi siguió vinculada a la Sección Mexicana de la Liga de Mujeres de la Raza, que en los años treinta encabezó Celia A. Reyes del Campillo y, en 1935, denunció las agresiones de que ésta fue víctima de parte de los comunistas “que todo tendrán menos ser muy patriotas y reflexivos”<sup>31</sup>. Eran los momentos de creación del Frente Único Pro-derechos de la Mujer al que la Sección Mexicana de la Liga de Mujeres de la Raza se afiliaría, al igual que la mayor parte de las organizaciones de mujeres.

La posición política de Arizmendi se fue endureciendo al paso del tiempo. A principios de los años veinte Arizmendi se mostraba más tolerante con las posiciones izquierdistas de lo que fue en momentos posteriores. A comienzos de los años veinte, *Feminismo internacional* anunció con beneplácito, el nombramiento de Alejandra Kollontai como representante diplomática de la Unión Soviética en Finlandia y de Rosa Torre como regidora

29. *Feminismo internacional*, junio y julio de 1923.

30. “Los problemas de México”, recorte de prensa sin identificación [1935]. Lázaro Cárdenas del Río, 531.1/4. AGNM.

31. Recorte de prensa sin identificación [1935]. Lázaro Cárdenas del Río, 531.1/4. AGNM.

del ayuntamiento de Mérida durante el gobierno socialista de Felipe Carrillo Puerto, entre otras noticias sobre feminismo en distintas partes del mundo<sup>32</sup>.

A pesar de su posición crítica ante los gobiernos posrevolucionarios, la secretaria general de la Liga de Mujeres de la Raza manifestó simpatía por medidas gubernamentales que juzgaba benéficas para la emancipación de las mujeres. Se expresó públicamente a favor de la reforma al Código Civil de 1928, decretada durante el gobierno de Plutarco Elías Calles, que ampliaba los derechos de las mujeres en la familia porque: “no es justo que los revolucionarios mexicanos después de gritar en un mitin o por la prensa ‘Mueran los tiranos’ al llegar a su casa dan una paliza a su mujer o de palabra o de obra destrozan la reputación de otras mujeres provocando la deshonra de distinguidas familias...”<sup>33</sup>.

En 1935, Arizmendi se entusiasmó tanto con la declaración del Presidente Lázaro Cárdenas a favor del voto femenino, que se apresuró a declararlo miembro honorario de la Liga de Mujeres de la Raza y a transmitirle “atronadores aplausos” en nombre de todas las secciones nacionales. Su entusiasmo tuvo eco al menos en Colombia, donde la prensa publicó equivocadamente que el sufragio femenino era una realidad en México<sup>34</sup>. Tal vez el pronunciamiento sufragista de Cárdenas fue uno de los factores que orillaron a Elena Arizmendi a volver a México, aunque también debió contar su buena relación con la asociación filantrópica Cruz Blanca, que la reconoció entre sus fundadores al conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la institución en el año de 1936.

## 6.—*El regreso a México*

Elena Arizmendi regresó a la ciudad de México en 1938, donde radicó hasta su fallecimiento poco más de diez años después, en 1949. Su regreso al país coincidió con el fin de la etapa de reformas sociales y el anticlericalismo radical de la Revolución Mexicana que había dado inicio al momento de su salida de México en 1915.

En aquél año, Arizmendi había llegado a Nueva York empujada por la violencia y la misoginia de la Revolución Mexicana. Superadas las dificultades iniciales del exilio, la urbe de hierro le ofreció posibilidades de

32. *Feminismo internacional*, octubre 1923.

33. *Excélsior*, 8 de mayo de 1928.

34. Carta de Elena Arizmendi, Presidenta de la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, Nueva York, a Lázaro Cárdenas, Presidente de la República Mexicana. 2 de septiembre de 1935, y *La Prensa Libre*, 26 de septiembre de 1936. Lázaro Cárdenas del Río, 831/544/1. AGNM.

vida que no estaban a su alcance en el México revolucionario. Al término de la Primera Guerra Mundial, Arizmendi ya se había ganado un espacio en la prensa latina de Nueva York y más tarde se convirtió en la secretaria general de la Liga de Mujeres de la Raza. Los más de veinte años de Elena Arizmendi en Nueva York, su actividad en la prensa latina de la urbe y en la Liga de Mujeres de la Raza, así como la publicación de *Vida incompleta. Ligeros apuntes de mujeres de la vida real*, son parte de la historia del exilio de la Revolución Mexicana, cuyos múltiples rostros y perspectivas ideológicas apenas empiezan a iluminarse.

## 7.—Bibliografía

### Siglas

AGN, LCR Archivo General de la Nación, Grupo documental Lázaro Cárdenas del Río.  
ACBM, Archivo Cruz Blanca Mexicana.

### Entrevistas y conversaciones

Dolores Arizmendi Mejía, n.1898, entrevista personal con Gabriela Cano, México, D.F., 18 de noviembre 2000.

### Publicaciones periódicas

*Mujer: Periódico independiente para la elevación moral e intelectual de la mujer.*  
*Feminismo internacional*, 1922-1923.  
*Revista de la Raza*, 1923-1929.

### Libros y artículos

- ARIZMENDI, Elena: *Vida incompleta. Ligeros apuntes sobre mujeres en la vida real*, Prólogo de Gabriela Cano, México, CONACULTA, 2011. (Colección Singulares).
- BUCK, Sarah A.: “Treinta años de debates feministas en México, 1923-1953”. *Solo historia*, (enero-marzo 2000). 45-50.
- BURGOS, Carmen: *La mujer moderna y sus derechos*. Valencia, Editorial Sempere, 1927.
- CANO, Gabriela: “México: 1923. El Primer Congreso Feminista Panamericano”. *Debate feminista*, (marzo 1990), 303-307.
- CANO, Gabriela: “Constructions on Feminism and Nationalism. The Porfiriato and the Mexican Revolution”. En ROACH PIERSON, Ruth and NUPUR, Chaudhuri (eds.): *Nation, Empire, Colony: Historicizing Gender and Race* Indiana University Press, 1998, pp. 106-112.
- CANO, Gabriela: “Elena Arizmendi Mejía, antecedentes oaxaqueños, estereotipos de género y narrativa nacionalista”, *Acervos. Boletín de los archivos y bibliotecas de Oaxaca*, 27 (verano 2004), 14-22.
- CANO, Gabriela, *Se llamaba Elena Arizmendi*, 2.ª edición, México, Tusquets Editores, 2010.
- CHAPMAN CATT, Carrie: “Antifeminism in the Southern Cone”. *Current History. A Monthly Magazine of the New York Times*, 18.6 (September 1993), 1028-1036.

- CHRISTINE, Erick: “*Madrinas and Missionaries: Uruguay and the Pan-American Women’s Movement*”. En SINHA, Mrinalini; GUY Donna and WOOLLCOTT, Angela: *Feminisms and Internationalism*. Oxford, Blackwell, 1999, pp. 62-80.
- COTT, Nancy: *The Grounding of Modern Feminism*. New Haven, Yale University Press, 1987.
- DOMÍNGUEZ, Christopher: *Tiros en el concierto. Literatura mexicana del siglo V*. México, Ediciones Era, 1997.
- GAMIO, Manuel: *Forjando Patria*. México, Editorial Porrúa, Sepan Cuantos, 368, 1992 [1916].
- GAMIO, Manuel: *Mexican Immigration to the United States. A Study of Human Migration and Adjustment*. Chicago, University of Chicago Press, 1927.
- GRANADOS GARCÍA, Aimer: *Los debates sobre España: el hispanoamericanismo en México a finales del siglo XIX*. Tesis de doctorado en historia, México, El Colegio de México, 2002.
- HAHNER, June: *Emancipating the Female Sex. The Struggle for Women’s Rights in Brazil, 1850-1940*. Durham, Duke University Press, 1995.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro y REYES, Alfonso: *Epistolario íntimo*. Vol. 3, Santo Domingo, Universidad Pedro Henríquez Ureña, 1981.
- HERNÁNDEZ, Palacios: *La Babilonia de hierro. Crónicas neoyorkinas de José Juan Tablada*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 2000.
- KRAUZE, Enrique: “Pasión y contemplación en Vasconcelos”. En FELL, Claude: “*Nota filológica preliminar*” a *Ulises criollo*. México, Fondo de Cultura Económica, Colección Archivos, 2000, pp. LI- LXXXIV.
- LAVRIN, Asunción: *Women, Feminism and Social Change in Argentina, Chile and Uruguay, 1890-1940*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1995.
- MACÍAS, Anna: *Against all Odds. The Feminist Movement in México*. Westport, Conn., Greenwood Press, 1982.
- MARTÍNEZ, Cándida; PASTOR, Reyna; DE LA PASCUA, María José y TAVERA, Susana: *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica*. Barcelona, Editorial Planeta, 2000.
- MOLLOY, Sylvia: “Introduction to Female Textual Identities”. En CASTRO-KLARÉN, Sara; MOLLOY, Sylvia; SARLO, Beatriz: *Women’s Writing in Latin America. An Anthology*. Boulder, Westview Press, 1991, pp. 109-116.
- NAVA DE RUIZ SÁNCHEZ, Julia: *Informe que rinde la Secretaría de la Delegación Feminista al Congreso de Baltimore ante el Centro Feminista Mexicano*. México, 1923, s.p.i.
- NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio: “Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional, 1898-1931”. En PÉREZ HERRERO Pedro y TABERA Nuria: *España/América Latina: un siglo de políticas culturales*. Madrid, Aieti/Síntesis, 1993. pp. 15-48.
- PACHECO, José Emilio: “Vasconcelos: la tumba sin sosiego”. *Proceso*, 15 de marzo 1982.
- PÉREZ MONFORT, Ricardo: *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- PIKE, Frederick B.: *Hispanismo. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America. 1898-1936*. Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1971.
- RODRÍGUEZ, Miguel: “El 12 de octubre: ente el IV y el V centenario”. En BLANCARTE, Roberto: *Cultura e identidad nacional*, México, FCE, pp. 127-162.
- RODRÍGUEZ, Miguel: *Celebración de “la raza”: una historia comparativa del 12 de octubre*. México, Universidad Iberoamericana, 2004.
- RUIZ MARTÍNEZ, Apen: “Nación y género en el México revolucionario: Manuel Gamio y La India Bonita”. *Signos históricos*, 5 (2001), 55-86.
- SALVATORE, Ricardo: “The Enterprise of Knowledge: Representational Machines of Infor-

- mal Empire". En JOSEPH, Gilbert, LEGRAND, Catherine C., SALVATORE, Ricardo D. (eds.): *Close Encounters of the Empire. Writing the Cultural History of US Latin American Relations*. Durham, Duke University Press, 1998,
- SCHNEIDER, Luis Mario: *Obras completas de María Antonieta Rivas Mercado*. México, Secretaría de Educación Pública (Lecturas mexicanas, segunda serie 93), 1987.
- TENORIO, Mauricio: "The Cosmopolitan Mexican Summer". *Latin American Research Review*, 32.3 (1997), 224-242.
- VASCONCELOS, José: "El tormento". En: *Artículos*. San José de Costa Rica, García Monge y Cía. Editores, 1920.
- VASCONCELOS José: *La tormenta*. En: *Memorias*, vol. 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1935a.
- VASCONCELOS, José: *Ulises criollo*. Edición crítica de Claude Fell. México, Fondo de Cultura Económica, 1935b.
- VON BORIS, Jacqueline: *Carrie Chapman Catt. A Public Life*. New York, The Feminist Press at City University of New York, 1987.
- WOOLF, Virginia: *Una habitación propia*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1965 [1928].